

El ejército dorado

A veces uso la bicicleta para ir a mi trabajo. Salgo de casa hacia las 7 de la mañana y tengo la suerte de que el paseo marítimo Antonio Banderas, me sirve de camino. Imaginen. El mar en calma, el fresco de la mañana y el sol que ya anuncia su regreso. Pero tengo que ir con mil ojos porque a esas horas ya pasea junto a mí el ejército dorado. Una legión de señoras y señores de una cierta edad que caminan vestidos con prendas deportivas, apresurados, como si tuviesen que llegar a alguna obligación que no admite demora. A veces incluso se cuelan en el carril bici y me los encuentro por sorpresa tras alguna curva. Silenciosos y con gestos de urgencia. Por la edad que aparentan adivino una jubilación en la mayoría de los casos. Y no comprendo por qué se levantan tan temprano cuando aún llevo las marcas de las sábanas en el rostro y guardo el calor de la cama como un sueño dulce del que me han despertado hacia una pesadilla.

El ejército dorado intenta bajar los niveles de colesterol, azúcar, triglicéridos y de todas esas goteras que aparecen inevitables en el cuerpo por esos errores de la naturaleza que nos dieron forma pero que no nos garantizaron la eternidad. Cuando la cadencia de mi pedaleo los adelanta, calculo soluciones poéticas como respuesta al enigma de por qué están ahí a esa hora. Y creo que es un método de hacer más largos los días, un pequeño truco para vencer la partida al correr del tiempo. A la muerte. Si no del todo, sí al menos en parte.

Sin embargo, horas más tarde contemplo al mismo ejército dorado que lleva o recoge a sus nietos del colegio. Que hace la compra para varios hogares, o cocina el almuerzo para sus hijos, que regresan de un horario laboral con pocas opciones para preparar a diario una comida según los parámetros de la dieta mediterránea. Ese ejército dorado que me encuentro por la mañana está compuesto por héroes y heroínas que no sólo cuidan su existencia, sino que se han visto convertidos en ángeles para su familia por imperativo de las circunstancias.

Ojalá que tras ese paseo matutino pudieran disfrutar de la piscina climatizada con masajes y talasoterapia por mencionar algún lujo. Ojalá pudieran acudir cada día a un restaurante sano antes de una siesta como paso previo al teatro de la tarde, o a los bailes de salón de la noche. Ojalá pudieran disfrutar de hijos y nietos sin más responsabilidades que pasar el rato junto a ellos. Ojalá su vida fuese la que merecen porque construyeron un país moderno casi de la nada por el que camino en bicicleta, como un regalo, sin otro temor que el viento de la mañana.

Pero no, este ejército dorado, como el de la película, nunca descansa, jamás se rinde, y tampoco se queja.

José Luis González Vera